

delante de mi tío; y él, muy haciéndose de pencas con una en la mano, tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laúdes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba mirando esto con un hombre (á quien había dicho, preguntando por él, que era un grande caballero yo), veo á mi buen tío; y echando en mí los ojos (por pasar cerca), arremetió á abrazarme, llamándome sobrino. Pensé morirme de vergüenza, y no volví á despedirme de aquel con quien estaba. Fuíme con él, y dijome:

—Aquí te podrás ir, mientras cumplo con esta gente, que ya vamos de vuelta, y hoy comerás conmigo.

Yo, que me ví á caballo, y que en aquella sarta parecería punto menos que azotado, dije que le aguardaría allí; y así me aparté tan avergonzado, que á no depender de él la cobranza de mi hacienda, no le hablara más en mi vida, ni pareciera entre gentes. Acabó de repasarles las espaldas; volvió y llevóme á su casa, donde me apeé y comimos.

CAPITULO XI

Del hospedaje de mi tío y visitas, y la cobranza de mi hacienda y vuelta á la corte

TENÍA mi buen tío su alojamiento junto al Matadero, en casa de un aguador; entramos en ella, y dijome:

—No es alcázar la posada; pero yo os prometo, sobrino, que es á propósito para dar expediente á mis negocios.

Subimos por una escalera, que sólo aguardé á ver lo que me sucedía en lo alto, para si se diferenciaba en algo de la de la horca. Entramos en un aposento tan bajo, que andábamos por él como quien recibe bendiciones, con las cabezas bajas. Colgó la penca en un clavo que estaba con otros, de que colgaba cordeles, lazos, cuchillos, escarpas y otras herramientas del oficio. Dijome que por qué no me quitaba el manteo y me sentaba, y yo le respondí que no lo tenía de costumbre. ¡Dios sabe cuál estaba de ver la infamia de mi tío! Dijome que había tenido ventura en topar con él en tan buena ocasión, porque comería bien y tenía convidados unos amigos. En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los piés, morada, uno de los que piden para las ánimas; y haciendo són con la cajeta, dijo:

—Tanto me han valido á mí las ánimas hoy, como á ti los azotados: ¡encaja!

Hiciéronse la mamona el uno al otro; arremangóse el desalmado animero el sayazo, y quedó con unas piernas zambas en gregüescos de lienzo, y empezó á bailar y decir que si había venido Clemente. Dijo mi tío que no, cuando Dios, y en hora buena, envuelto en un capucho con unos zuecos, entró un chirimía de la bellota, digo un porquero: conocilo por el (hablando con perdón) cuerno que traía en la mano; y para andar al uso, sólo erró en no traerle encima de la cabeza. Saludónos á su manera, y tras él entró un mulato zurdo y bizco, un sombrero con más falda que un monte y más copa que un nogal, la espada con más gavilanes que la caza del rey, y un colete de ante. Traía la cara de punto, porque á puros chirlos la tenía toda hilvanada. Entró y sentóse, saludando á los de la casa, y á mi tío le dijo:

—Á fe, Alonso, que lo han pagado bien el Romo y el Garroso.

Saltó el de las ánimas, y dijo:

—Cuatro ducados dí yo á Frechilla, verdugo de Ocaña, porque aguijase el borrico y no llevase la penca de tres suelas, cuando me palmearon al envés.

—Vive Dios—dijo el corchete—que se lo pagué yo sobrado á Lobrezno, en Murcia, porque iba el borrico que remedaba el paso de la tortuga, y el bellacón me los asentó de manera, que no se levantaron sino ronchas.

Y el porquero, concomiéndose, dijo:

—Aún están doncellas mis espaldas.

—Á cada puerco le viene su San Martín—dijo el demandador.

—Alabarme puedo yo—dijo mi buen tío—entre cuantos manejan la zurriaga, que al que se me encomienda, hago lo que debo; sesenta me dieron los de hoy, y llevaron unos azotes de amigo, con penca sencilla.

Yo, que vi cuán honrada gente era la que hablaba con mi tío, confieso que me puse colorado, de suerte que no pude disimular la vergüenza; echómelo de ver el corchete, y dijo:

—¿Es el padre el que padeció el otro día, á quien se dieron ciertos empujones en el envés?

Yo dije que no era hombre que padecía como ellos.

En esto se levantó mi tío, y dijo:

—Es mi sobrino, Maeso en Alcalá, gran supuesto.

Pidiéronme perdón y ofreciéronme toda su caricia. Yo rabiaba ya por comer y cobrar mi hacienda, y huir de mi tío. Pusieron las mesas, y por una soguilla en un sombrero, como suben la limosna los de la cárcel, subieron la comida de un bodegón que estaba á las espaldas de la casa, en unos mendrugos de platos, y retajillos de cántaros y tinajas. No podrá nadie encarecer mi sentimiento y afrenta. Sentáronse á comer, en cabecera el demandador, y los demás sin orden. No quiero decir lo que comimos, sólo que eran todas cosas para beber. Sorbióse el corchete tres de puro tinto. Viéndome á mí el porquero, me las cogía al vuelo, y hacía mas razones, que decíamos todos. No había memoria de agua, ni menos voluntad de ella. Parecieron en la mesa cinco pasteles de á cuatro; y tomando un hisopo, después de haber quitado las ojaldres, dijeron un responso todos, con su *requiem æternam*, por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes. Dijo mi tío:

—Ya os acordáis, sobrino, lo que os escribí de vuestro padre.

Vinoseme á la memoria; ellos comieron; pero yo pasé con los suelos solos y quedéme con la costumbre; y así siempre que como pasteles, rezo una *Ave Maria* por el que Dios haya. Menudeóse sobre dos jarros, y era de suerte lo que bebieron el corchete y el de las ánimas, que se pusieron las suyas tales, que trayendo un plato de salchichas que parecían dedos de negro, dijo uno que para qué traían pebetes guisados.

Ya mi tío estaba tal, que alargando la mano y asiendo una, dijo (con la voz algo áspera y ronca, el un ojo medio acostado y el otro nadando en mosto):

—Sobrino, por este pan de Dios, que crió á su imagen y

semejanza, que no he comido en mi vida mejor carne tinta.

Yo, que vi al corchete, que alargando la mano tomó el salero y dijo: Caliente está este caldo; y que el porquero se llenó el puño de sal, diciendo: Bueno es el anisillo para beber, y se lo echó todo en la boca; comencé á reirme por una parte y rabiarse por otra.

Trajeron caldo, y el de las ánimas tomó con entrambas manos una escudilla, diciendo:

—Dios bendijo la limpieza.

Y por subírsela á la boca se la puso en el carrillo, y volcándola se asó en el caldo, y se puso todo de arriba abajo, que era vergüenza. Él, que se vió así, fuése á levantar, y como pesaba algo la cabeza, firmó sobre la mesa, que era de estas movedizas; trastornóla y manchó á los demás. Tras esto decía que el porquero le había empujado. El porquero que vió que el otro se le caía encima, levantóse, y alzando el instrumento de hueso, le dió con él una trompetada; asíéronse á puñadas, y estando juntos los dos, y teniéndole el demandador mordido de un carrillo, con los vuelcos y alteración, el porquero vomitó cuánto había comido, en las barbas del de la demanda. Mi tío, que estaba más en juicio, decía que quién había traído á su casa tantos clérigos. Yo que vi que ya en suma multiplicaban, metí en paz la brega, desasi á los dos y levanté al corchete del suelo, el cual estaba llorando con gran tristeza. Eché á mi tío en la cama, el cual hizo cortesía á un velador de palo que tenía, pensando que era convidado. Quité el cuerno al porquero, al cual, ya que dormían los otros, no había medio de hacerle callar, diciendo que le diesen su cuerno, porque no había habido jamás quien supiese más tonadas, y que él quería tañer con el órgano. Al fin yo no me aparté de ellos hasta que vi que dormían. Salíme á la calle, entretuve-me en ver tierra toda la tarde, pasé por la casa de Cabra, tuve nueva de que era muerto, y no cuidé de preguntar de qué, sabiendo que hay hambre en el mundo. Torné á casa á la

noche, habiendo pasado cuatro horas, y hallo al uno despierto y que andaba á gatas por el aposento buscando la puerta, y diciendo que se les había perdido la casa. Levántole y dejó dormir á los demás hasta las once de la noche que despertaron, y esperezándose preguntó uno qué hora era. Respondió el porquero (que aún no la había desollado), que no era nada, sino la siesta, y que hacía grandes bochornos. El demandador, como pudo, dijo que le diesen la capilla:

—Mucho han holgado las ánimas para tener á su cargo mi sustento.

Y fuése, en lugar de ir á la puerta, á la ventana, y como vió estrellas, comenzó á llamar á los otros con grandes voces, diciendo que el cielo estaba estrellado á medio día, y que había un grande eclipse. Santiguáronse todos y besaron la tierra. Yo que vi la bellaquería del demandador, escandalicéme mucho, y propuse de guardarme de semejantes hombres. Con estas infamias y vilezas que veía yo, ya me crecía por puntos el deseo de verme entre gente principal y caballeros. Despachélos á todos uno por uno lo mejor que pude, y acosté á mi tío, que aunque no tenía zorra, tenía raposa, y yo acomodéme sobre mis vestidos y algunas ropas de los que Dios tenga, que estaban por allí. Pasamos de esta manera la noche; y á la mañana traté con mi tío de reconocer mi hacienda y cobrarla de presto, diciendo que estaba molido y que no sabía de qué. Echó una pierna, levantó, tratamos largo de mis cosas, y tuve hartó trabajo, por ser hombre tan borracho y rústico. Al fin lo reduje á que me diese noticia de mi hacienda (aunque no de toda), y así me la dió de unos trescientos ducados, que mi buen padre había ganado por sus puños, y dejádoslos en confianza de una buena mujer, á cuya sombra se hurtaba diez leguas á la redonda. Por no cansar á vuesa merced digo que cobré y embolsé mi dinero, el cual mi tío no había bebido ni gastado, que fué hartó, para ser hombre de tan poca razón, porque pensaba que

yo me graduaria con esto, y que estudiando podría ser cardenal, que como estaba en su mano hacerlos, no lo tenía por dificultoso. Díjome, en viendo que los tenía:

—Hijo Pablos, mucha culpa tendrás si no medras y eres bueno, pues tienes á quién parecer; dinero llevas; yo no te he de faltar, que cuánto sirvo y cuánto tengo para ti lo quiero.

Agradécile mucho la oferta; gastamos el día en pláticas desatinadas y en pagar las visitas á los personajes dichos. Pasaron la tarde en jugar á la taba mi tío, el porqueño y demandador; éste jugaba misas, como si fuera otra cosa. Era de ver cómo se barajaban la taba, cogiéndola en el aire al que la echaba, y meciéndola con la muñeca se la tornaban á dar. Sacaban de taba como de naipe, para la fábrica de la sed, porque habia siempre un jarro en medio. Vino la noche; ellos se fueron, y acostámonos mi tío y yo, cada uno en su cama, que ya habia prevenido para mí un colchón. Amaneció, y antes que él despertase, yo me levanté y me fui á una posada, sin que me sintiese; torné á cerrar la puerta defuera, y eché la llave por una gatera. Como he dicho, me fui á un mesón á esconder y aguardar comodidad para ir á la corte. Dejéle en el aposento una carta cerrada, que contenía mi ida y las causas, avisándole no me buscase, porque eternamente no le habia de ver.

CAPITULO XII

De mi huída y los sucesos en ella hasta la corte

PARTÍA aquella mañana del mesón un arriero con cargas á la corte; llevaba un jumento, alquilómele, y salíme á aguardarle á la puerta, fuera del lugar. Salió, y espetéme en el dicho, y empecé mi jornada. Iba entre mi diciendo:

—Allá quedarás, bellaco, deshonra buenos, jinete de gaznates.

Consideraba yo que iba á la corte, donde nadie me conocía (que era la cosa que más me consolaba), y que habia de valerme por mi industria y habilidad. Allí propuse de colgar los hábitos en llegando, y sacar vestidos cortos al uso; pero volvamos á las cosas que el dicho mi tío hacia, ofendido con la carta, que decía en esta forma:

CARTA.

«Señor Alonso Ramplón: tras haberme hecho Dios tan señaladas mercedes, como quitarme delante á mi buen padre y tener mi madre en Toledo, donde (por lo menos) sé que hará humo, no me faltaba sino ver hacer en vuesa